

El despertar de Verónica

*(Finalista y Premio del Público en el I Concurso
Radiofónico de Cuentos Navideños, diciembre 2003)*

—Papá... ¿Qué es la Navidad?

La pequeña Verónica, con un deje de ternura en los ojos y la bella sonrisa truncada por la desesperación, alarga una hoja de papel hacia su padre y repasa la sala, resbalando la mirada por los enormes objetos.

Él tenía que saberlo, porque los papás lo saben todo.

Ahí sentado en ese gran sillón de color vino, con el mentón apuntando al techo, leyendo el periódico como cada domingo, él debe tener las respuestas a todos los enigmas del universo.

Verónica recordaba cuando, hace algunos años, empezaba a pronunciar sus primeras palabras y le llenaba los oídos a su padre con preguntas de todo tipo.

—Papá... ¿Qué es la lluvia?

La lluvia está formada de las lágrimas de todos los ángeles.

—Papá... ¿Por qué la Luna me sigue por las noches?

Porque eres la niña más hermosa de todo el mundo.

—Papá...

De ese modo, cuando en el colegio la «seño» les dijo que para el lunes trajeran unas seis o siete líneas con lo que significaba para ellos la Navidad, la pequeña Verónica, con sus cinco otoños encendidos como un horno, no dudó en recurrir a su padre.

—Papá... ¿Por qué soñamos?

Para despertarnos en mitad de la noche y poder ver las estrellas.

Era cierto. Su papá lo sabía todo. Por eso no sería complicado que la ayudara con aquel ejercicio de clase.

Es domingo. El calendario de la cocina, salpicado de rebeldes gotas de aceite, indica que quedan muy pocos días para la Nochebuena. La mamá prepara la comida, siguiendo el ritmo de viejos villancicos que brotan de la radio como recuerdos del pasado.

Y papá lee el periódico. Acaba de poner la mesa, y Verónica ha echado una mano llevando las servilletas.

—Papá... ¿Por qué me pongo triste?

—Papá... ¿Por qué la hierba es verde y no roja o azul?

—Papá... ¿Cómo sabré que estoy enamorada?

Cuando tu alma viva en dos cuerpos, y en tu cuerpo vivan dos almas.

—Papá...

Su papá alza la vista y la ve llegar, a pasitos cortos, con el vestido de los domingos, como un caramelo envuelto todavía en el papel: la preciosa Verónica, siempre con una pregunta inquieta en los labios.

—Dime, *chispita*...

La voz de su papá era grave. Había oído otras voces de papás (cuando iban a recoger al colegio a otros niños), pero Verónica podía asegurar, sin ningún tipo de duda, que esa era la voz más grave de todas. Sonaba como dentro de una cueva muy profunda. Y allá, en lo lejano, en el interior de la montaña, su papá siempre la llamaba *chispita*.

—Papá... ¿Qué es la Navidad?

—La Navidad se inventó para que la gente no estuviera triste nunca.

¡A COMER!

Por el contrario, la voz de su mamá era aguda como esas campanillas que el Sr. Beltrán tenía instaladas encima de la puerta de su diminuta tienda de ultramarinos.

Mientras comían, Verónica miraba las noticias con un tono de perplejidad y asombro. Callada, como siempre hacía durante la comida, escuchando la conversación de sus papás entremezclada con las voces del telediario, Verónica soplabla en círculos la sopa del plato para enfriarla.

Mi madre me ha dicho que mañana te pases para lo del garaje. Y en Barcelona, Jordi Sánchez para informativos... Dile que iré sobre las ocho y media.

Y en la televisión se veían larguísimas avenidas iluminadas con campanas, estrellas y hojas de muérdago; niños y niñas como ella en colas interminables, con la carta a los Reyes Magos en las manos, con la mirada iluminada por la ilusión y la alegría; y en la televisión se veían centenares de personas en los grandes almacenes, apurando hasta el

último momento sus compras navideñas, cargando bolsas y bolsas y gastando dinero hasta la saciedad.

Pero en la televisión también podían verse callejuelas vacías y oscuras, rodeadas de casas ruinosas; personas sonriendo a duras penas, mientras intentan cubrirse con algunos cartones destartados al fuego de una hoguera que rasga la noche; niños y niñas como ella, con la mirada perdida y apagada y una eterna lágrima que no llega a brotar jamás de sus ojos envasados al vacío.

Verónica no entiende nada. ¿No le había dicho su papá que la Navidad era para estar feliz? ¿Por qué había gente que dormía en la calle? ¿Por qué esos niños no tenían regalos? ¿Por qué todas esas personas estaban tan tristes y solitarias, en vez de estar en casa con sus familias? Verónica no comprendía nada...

Por la tarde, cuando se sienta en la salita para hacer ese ejercicio, pone en letras enormes de colores «¿QUÉ ES LA NAVIDAD PARA MÍ...?», y vuelve a pensar en las palabras de su papá, contrastándolas con las imágenes que ha visto por televisión. Al final, con un bolígrafo negro medio gastado, escribe con irregular letra:

«La Navidad se inventó para que, al menos por un día, la gente se olvidara de lo dura y difícil que es la vida, y pudiera sonreír y ser feliz.»

Después de eso, Verónica dobla la hoja por la mitad, la mete en la mochila y va a jugar a su cuarto.